



El coleccionista de cabezas o las grandes ocasiones de Andy Warhol
Reinaldo Laddaga

Jekyll & Jill
272 páginas. 24,70 euros



Lo que una ama
Miren Billelabeitia

Traducción de Ángel Erro Consonni
242 páginas. 21,50 euros

especular. El mundo rural les resulta atractivo por varias razones». Lo malo de esto es que, mientras más especulan con los terrenos campesinos, más se hunde en el abandono y en el olvido la gente sencilla y obrera que puebla el mundo rural. Pero la manipulación de la economía agroganadera por parte de las grandes empresas capitalistas, como aquí se muestra y demuestra, sigue desangrando el mundo.

Paradójicamente, aunque a primera vista el mensaje de este libro puede parecer fatalista o deseperanzado, Morales ofrece muchos manojos de luz, muchísimos fulgores, soluciones, en fin, razonables y bien fundamentadas para detener el declive continuo y profundo que es-



Javier Morales

tá sufriendo este mundo gobernado por las élites económicas que apoyan la deforestación, el maltrato animal, la instalación sistemática de macrogranjas ganaderas, con el único fin de enriquecerse.

Ante tanto despropósito, el autor reconoce: «En muchos aspectos, lo hemos hecho mal, muy mal, pero aún estamos a tiempo de fracasar mejor, diría Beckett». Todo el libro está salpicado de datos exactos, cifras fidedignas, que demuestran el daño que la sobreexplotación ganadera está causando a nuestro planeta. Morales habla de la industrialización exagerada que se lleva a cabo en las piscifactorías, en las mastodónticas e insalubres granjas de pollos, en el apoyo interesado de gran-

des corporaciones yanquis al consumo futuro de insectos y arácnidos a gran escala. Ya, desde hace tiempo, están vendiéndonos esa idea. El libro cuenta con un muy interesante apéndice donde el autor del libro lanza una batería de preguntas a grandes escritores, pensadores y filósofos ecologistas como Joaquín Araújo, Jorge Riechman y Dina Garzón. Pero lo más delicioso es el bellísimo prólogo y, también, el pasaje dedicado al ensayo *El estornino de Mozart*, de Lyanda Lynn Haupt, que narra la amistad entre el genio vienes y un estornino, apuntando aquí que ambos se entendían a través de la música e incluso que el pájaro pudo llegar a inspirar parte de la obra del gran músico europeo.

Laddaga (Rosario, 1963) dedica al artista de Pittsburgh (EEUU), apunta a subsanar cualquier lectura reduccionista de la obra a examen y plantea una visión de conjunto rica y fértil, que abraza la multidisciplinariedad del discurso material de Warhol para arrojar un saldo exuberante.

Las primeras líneas del libro resultan programáticas y premonitorias: «Su pasión principal [de Warhol] no era fabricar obras destinadas a ser escrutadas con la clase de atención demorada que prestamos a las piezas maestras de la tradición, sino diseñar ocasiones en las cuales los objetos singulares eran parte de espectáculos cuyo torbellino debía ha-

cerles perder a los espectadores el balance, la lucidez y el equilibrio».

Laddaga rastrea esas «ocasiones» en el elenco en apariencia inagotable de intereses que Warhol puso en marcha ya desde muy joven, y en el que, junto a nombres con los que comúnmente se le ha asociado (Marcel Duchamp, sobre todo, un creador cuya producción se utiliza como pretexto para el debate teórico antes que como herramienta para el análisis crítico, y que brilla dentro del canon de la historia del arte como paradigma del autor obsesionado por la concepción de la obra como vehículo de transmisión de ideas), aparecen otros menos

El autor rastrea en el elenco en apariencia inagotable de intereses que el artista puso en marcha desde muy joven, en el que, junto a nombres con los que se le asocia, aparecen otros

obvios como Henri Matisse, Paul Klee, Josef Albers, Ray Johnson y Grant Wood, y se mencionan una serie de prácticas (el corte y confección, la generación de tapices y telas, los dibujos animados) que apuntan a la relevancia que Warhol concedió siempre a lo artesanal, y que acabarían por resonar en una obra atenta al residuo, al resto, al desecho, enamorada de técnicas no siempre «limpias» (su gusto por la serigrafía, su pasión por el cine *underground*, su amor por la Polaroid como apoteosis de la inmediatez), constelando el cielo warholiano hasta prestarle ese singular y muy atractivo sesgo de provisionalidad e incertidumbre.

No en vano, ese desconcierto que, aún hoy, provoca su obra (se trate del esfuerzo cognitivo que implica contemplar una película como *Chelsea girls* o la incomodidad manifiesta que una serie como *Muerte y desastre* provoca en el espectador), quizá sea la marca de agua de un creador que fue algo más que el lector de privilegio del siglo americano, cuyo centro ocupó con representaciones ya inevitables (latas de sopa, actrices suicidas, jercas chinos) de un mundo definido por la plétora, aunque fallido en su búsqueda de un sentido, y que Warhol atrapó con su talento para convertir ciertas imágenes en la caja de resonancia de un estado de cosas hueco y anómico.



Miren Billelabeitia

maestra que rompe el tabú de que «sólo nos agrada lo que se entiende». Una profesora de euskera que llegó a su propia lengua a los 20 años y sabe la dificultad que supone descubrirte en otra lengua que es la tuya y era como un mundo aparte, condenado a la extinción.

No faltan incursiones lectoras en la historia y la memoria de este país al que le chifla el olvido. Una y otra no son lo mismo. Pero codo con codo se ayudan en la necesaria superación de la mentira con la que el franquismo contó nuestro pasado y lo convirtió en una exaltada y demoniaca parada de los monstruos. Leer las aportaciones de quienes, desde una curiosidad admirable, participaron en las tertulias organizadas por Bi-

llelabeitia es un gozo difícilmente superable. Una vez le escuchó decir a Siri Hustvedt que «le resultaba difícil imaginar cómo se enfrentaría a la vida si un día no pudiera leer». Pues eso mismo se lo aplica la autora de *Lo que una ama*, de paso, también será eso lo que intente transmitir a su jovencísima troupe entregada a la lectura. Otro mito que se desmiente en este libro inacabable: los jóvenes no leen. ¿Y los adultos? ¿Y qué leen los adultos que leen? Hasta *Hamlet* estrellaría la calavera contra el suelo cabreado por la respuesta.

Como escribía Harkaitz Cano de sus trabajadores en los tejados: hay que ir poco a poco por los caminos difíciles. También por los libros. Sin quemar etapas a lo tonto. No se trata

de llegar los primeros a salvar Troya, sino de disfrutar de la aventura sin saber cuándo y hasta dónde llegará el final del viaje. Recuerden la cita: «El arma de los pobres se descubre en las palabras». No la desperdiciemos. Leer es importante. Aún lo es más volcarnos en el inmenso placer de las relecturas. Y una conclusión que nos acerca *Lo que una ama* por encima de ninguna otra: «La lectura, la literatura, el debate nos llevan al esplendor de la palabra y, por medio de ella, deberíamos lograr ser personas libres, cultas, sabias, críticas y autónomas, capaces de reflexionar». Leer. Leer. Leer. El cofre del tesoro lleno de misterios y desafíos. Vivir la vida misma. Y otras vidas. Muchas otras vidas. Muchas.